

Leyendo al camarada Nikita

José
Marín
Cañas



I

DEDICATORIA:

A los que afirman ser la reunión de la O.E.A. una hemorragia de palabras

JMC.

Cuando vemos reunido al Politburó que maneja la Asamblea, órgano parlamentario (?) del Estado "Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas", caemos en la cuenta de que se trata de un desfile de gordos. Esa es la primera impresión. Después, algo nos anuncia que detrás de todos aquellos abdómenes abultados y grasosos, parecen escondidos no solamente alimentos de alta proporción grasa, sino también, un voraz apetito de poder. El gesto de todos ellos, el atuendo, los gruesos abrigos, los gorros cilíndricos de piel peluda, les hacen a parecer como si fueran osos. El símil, se presta, además, porque desde niños hemos pensado en los osos de Siberia. No tiene nada de raro que de Siberia se hayan venido hasta el Kremlin y se instalaran muy ricamente en sus descomunales y solemnes habitaciones. Es muy posible que a los niños rusos no haya necesidad de decirles, para que se porten bien, que "viene el coco". Con que les anuncien que va a llegar Beria, Stalin, Malenkov o Mikoyán, es muy posible que se duerman o por lo menos que suspendan el berrinche.

Esta era la impresión objetiva que se nos había formado ante la vista de los distinguidos camaradas. Pero, por mano del demonio, llega a las manos del comentarista un libro que traspasa a nuestro espíritu la realidad de aquel mundo, escrita en forma de memorias, por un campesino rechoncho y bajo, cabeza de melón y pelo ralo y ya blanco, facciones toscas, boca ancha, corto de manos y piernas, panzudo y tocado con un sombrero occidental que le hace equilibrio sobre las cejas, antes de caer al suelo, como da la impresión que va a ocurrir. A este bonachón, que ocupó por años la más alta jefatura del tinglado soviético, le llamaban Nikita y se apellidó Kruschef, porque aunque Uds. no lo crean, aún no lo han fusilado. En el concepto nuestro, se trata, pues, de una muestra de excepcional ventura. No podemos cantar victoria ya que por mor de la publicación de sus memorias, el ser artífice de la destalinización de la política soviética y haber escrito una obra, si no crítica, por lo menos candentemente narrativa, estará siempre, y durante los pocos años que le quedan, esperando la voz de "fuego". En la política soviética, el morir de muerte natural, debe ser cosa muy mal vista. Pero, por lo que se ve, ocurre hasta en las peores familias.

Lo que el camarada Kruschef narra —con el mismo estilo con el que Andersen hizo sus cuentos infantiles— es una versión demoníaca de las actividades social-políticas del averno—.

Acaba de decirme, un magnífico y talentoso elemento de la mejor intelectualidad del país, que mis ideas son matusalénicas, con cuya catalogación las ha modernizado, puesto que las retrotrajo desde la Edad de Piedra, hasta los primeros bíblicos, que es como decir, "ayer"; en comparación a la época paleolítica, primera etapa de la prehistoria, que se caracterizó por la talla de la piedra y se prolongó hasta el nacimiento del

mesolítico, 120 siglos antes de Cristo, tal y como me catalogó el activo, nervioso, diligente e imponderable Morales.

Agradeciendo el elogio que constituye la modernización a juicio de un crítico de valor, de mis ideas, estoy en mis trece que en cuanto se repita aquí parte del discurso del camarada, Uds., que son de la edad si-codénica, como el que esto escribe oscila entre el troglodismo y el matusalenismo, han de convenir en que lo que ocurre en ese imperio pesado y oscuro de los Repúblicas Soviéticas, no solamente pasa de castaño oscuro, sino que parece un cubil en el que impera, con toda su bárbara majestad, la sangrienta e impiadosa ley de la selva.

El momento de la foliada, en que el libro alcanza su climax, es cuando Papá Stalin cierra los ojos a la luz soviética.

Alrededor de aquella terrible figura del georgiano, viejo ya, enfermo, víctima de la obsesión persecutoria, frío y cruel, desaforado y grotesco, escombros moral de un hombre que dominó su mundo con la voracidad del león africano y el fino sentimiento y la piadosa caridad de las hienas, están todos los que agazapados por los abovedados y largos corredores del Kremlin esperan el momento del destino. Desde la "dacha" han avisado por teléfono, que Papá Stalin duerme en el centro del cuarto, tirado sobre el suelo. Malenkov telefona a Kruschef y le urge para que se eche de la cama, porque parece que la cosa es seria. Tardaron quince minutos en llegar. Matroyana Petrovna, la vieja criada, fiel como una perra casera, explicó lo ocurrido. Stalin se había caído de la cama. Los chequistas lo volvieron a un sofá en el comedor pequeño de la "dacha". Retornaron a sus casas, pero no mucho después, otra vez el teléfono estaba timbrando. Era de nuevo Malenkov. Esta vez, avisaron a Voroshilov y a Kaganovich. Se llamó al médico Lukomsky. Alrededor del enfermo estaba todo el "Presidium íntimo", que eran los nueve hombres que se disponían a iniciar, con el último suspiro del moribundo, el acezante combate a dentelladas para ver cuál alcanzaba la cucuñá del Poder. (Por muy distraído que sea el comentarista y también lo sean los lectores, extraña a primera vista la negligente actitud de la primera visita. No se ocuparon ni de llamar al boticario de la esquina). Entre mejorías y recaídas, el enfermo siguió unos pocos días. Todos pensaban muy cuerdamente, "que si no se iba a componer, mejor era que descansara el pobre. ¡Había trabajado tanto! ¡Era tan terrible para un caballero de acción verse inútil!" Dios oyó sus ruegos, y como el pobre no se iba a componer y eso lo haría sufrir mucho, se quedó muerto, a pesar de que a última hora le hicieron los ejercicios de respiración artificial que recomienda la ciencia. No tuvo remedio. Descansó al fin.

Lo que ocurrió después del entierro, lo cuenta Nikita y ya antes lo había contado Tansky, en su "IV siglos de policía secreta rusa", libro de encantadora minuciosidad, que nos pone, dentro de aquellos asuntos, "al cabo de la calle", como se dice en la parla popular. Todos los del "Presidium íntimo", que eran nueve, se sentían dignos de ser los llamados por el destino a sacrificarse por la masa proletaria, tomando la brida del Estado. Pero, si leemos entrelíneas, los más conspicuos, eran, Malenkov —que figuraba como favorito del difunto—; Beria, que de niño había sido encantador, pero que de hombre maduro, por sus lentes de pinza, su cara y mirada, amén de los pecados de su antología personal, resultaba repulsivo; y el bonachón de Kruschef, que por no matar, no lo hacía ni con las moscas. No hizo Stalin nada más que resoplar el último resoplido cuando Beria desapareció del escenario. No quería que lo "madru-

garan". En la política soviética, se ejerce con rigurosa exactitud y con celo religioso, el proverbio que asegura "al que madruga Dios lo ayuda". Y así lo hizo.

Lo que ocurrió entonces fue un infortunio. Los otros, no madrugaron más. Los otros ni se acostaron siquiera. Y mire Ud. por donde vino a pasar lo que el camarada Beria no lo había sospechado a pesar de su notoria y muy reconocida sagacidad, astucia y eficacia. (El camarada Beria había sido por un tiempo nunca alcanzado por nadie antes en cuanto a longuitud, el todopoderoso Jefe de la Policía Secreta rusa. Tenía en su poder, terribles cartas para ganar el juego).

Fueron disueltos el gran Presidium y el pequeño, (la élite) que Stalin había montado en el XIX Congreso del Partido, en 1952. Ahora se volvió al círculo restringido, al que tuvieron acceso, once personas. (Todo esto, pese al troglodismo y matusalenismo del comentarista, le parece muy por lo bajo de la época del mandril. Cae, definitivamente, dentro de la edad del "gorila").

Beria propuso varias ideas que le hicieron mal ambiente. Sobre todo, la construcción de las "dachas" a orillas del Mar Negro, que era una provocación antisemita. Kruschef, paciente como una hormiga, trabajó a los compañeros y al pobre de Beria le prepararon una "lujosa invitación al placer".

De lo que le pasó a Beria, como de lo que le pasó años antes a Trosky y a medio millar más lo veremos en el próximo capítulo, si es que alguien llega a interesarse por todo esto, que se me ha venido a la mente, con motivo de que veintitantos países están hablando de sus problemas, "en una hemorragia de palabras". Me da el palpito de que mientras América siga hablando, hablando, entrecruzando palabras e ideas, siempre estaremos con una posibilidad mayor de acercarnos al sentido humano, cordial y respetuoso que debe tener toda sociedad civilizada. Y aunque hay quien piensa que todo eso es una lata —incluso el que esto escribe— no se puede negar que la palabra —¡la eterna palabra!— es siempre superior a la brutalidad, a la violencia y al crimen.